

Plain happy

-Felicidad absoluta-

24 ENERO - 8 ABRIL

Sergio
Muro

Sergio Muro. Plain happy - Felicidad absoluta-

El Instituto Aragonés del Arte y la Cultura Contemporáneos Pablo Serrano tiene entre sus fines el de *programar, organizar y realizar exposiciones de arte contemporáneo* dando cumplimiento a su objetivo primordial de fomento y difusión del Arte y la Cultura. Sin lugar a dudas esos fines no se pueden llevar a su consecución dando la espalda a los creadores actuales, con especial énfasis en los artistas aragoneses en su concepción más amplia.

Como parte de la política de la Dirección General de Cultura y Patrimonio del Gobierno de Aragón, el IAACC Pablo Serrano realiza una apuesta por mostrar propuestas artísticas que vayan más allá de meras formalizaciones plásticas. La búsqueda de nuevos formatos, el inconformismo o la crítica forman parte de muchas de las propias creaciones artísticas actuales.

Sergio Muro (Zaragoza, 1974) presenta en el IAACC Pablo Serrano una reflexión sobre el mundo actual a través de la pintura, *performance*, videoarte, música o instalaciones. Sin embargo el artista queda integrado en las propias obras, siendo él mismo la obra, en una búsqueda de incomodar al visitante y espectador para que se posicione respecto a todo lo que le rodea.

Plain
happy

-Felicidad absoluta-

Sergio
Muro

IAACC PABLO SERRANO
Gobierno de Aragón
María Teresa Pérez Esteban
Consejera de Educación, Cultura y Deporte
Ignacio Escuin Borao
Director General de Cultura y Patrimonio
Julio Ramón Sanz
Director del IAACC Pablo Serrano
Susana Spadoni Márquez
Directora honorífica del IAACC Pablo Serrano

EXPOSICIÓN
Organiza y produce
Gobierno de Aragón
Coordinación
IAACC Pablo Serrano
Identidad Gráfica
12 Caracteres
Montaje
José Ramón García Coca
Seguros
AON. Gil y Carvajal

PUBLICACIÓN
Edición
Gobierno de Aragón
Diseño de colección y maquetación
Bronce estudio
Coordinación
IAACC Pablo Serrano
Gobierno de Aragón
Textos
Lucía E. Colom
Sergio Muro
Julio Ramón
Impresión
ARPIrelieve, S.A.
Fotografías
Rodd Tellerfotos, Sergio Murofotos ,
Myriam Thorn, Julio Marín, Miguel Sanz,
Jaime Galindo, Tony Galán
ISBN 978-84-8380-362-2
D.L. Z 1814-2017

Plain happy

“Lo que me sorprende es que en nuestra sociedad el arte se ha convertido en algo relacionado con los objetos y no con los individuos ni la vida [...]. ¿La vida de alguien no puede ser una obra de arte?”

Michel Foucault

Sergio Muro
Comisario

Podría parecer raro que yo hable de mí mismo, ya que soy artista y comisario a la vez de esta muestra. Pero pensándolo bien, quién mejor que uno mismo que hablar de lo que mejor conoce. Sergio Muro es un creador que utiliza diferentes herramientas y disciplinas para plasmar sus ideas, y está siempre ávido de experimentar y aprender, aunque principalmente con la pintura y la *performance*. Dos formatos muy distintos pero complementarios, generando híbridos y retroalimentándose constantemente, inseparables en su perso-

nalidad artística. Son las diferentes caras de la misma moneda. Habitualmente, el contenido de sus acciones y lienzos tienen un poso de crítica ante lo que observa y le rodea.

Cuando el autor con 18 años empezaba a exponer, envió una carta a Toni Boira, pintor amigo de su padre, pidiéndole consejos para ser artista, éste le contestó: “Un recuerdo que tengo tuyo es en la Sala Aída, viendo una exposición de Guinovart, cuadros hechos con hierbas y no sé cuánta materia orgánica más, metidos en cajas de metacrilato, tú vestido de vikingo y con una espada de plástico dándoles y el Sr. de la sala con la yugular inflamada”

Paradójicamente ese niño iconoclasta –ha perdurado dentro de él- que detestaba ir de exposiciones con sus padres, ahora disfruta y vive del arte. Sigue siendo un provocador, un contestatario y reaccionario por su visión existencialista del “*no-future*” y su humor intrínseco. Sigue siendo el vikingo que no quiere que le digan lo que tiene que hacer. Él es una obra de arte viva.

Mi querido amigo Jesús Pedro Lorente, Catedrático de Historia del Arte y crítico de arte, comentó sobre mí: “... les aseguro que Sergio es una de las mejores personas que he conocido en mi vida: esto, que podrá parecer fuera de lugar para valorar su obra artística, resulta importante saberlo para entender mejor la pose provocadora que hay bajo sus trabajos. A menudo pensamos, en términos platónicos, que las obras de arte son como sombras que nos proyectan una íntima semblanza de su autor; pero a veces más bien se trata de retratos en negativo que muestran sus aversiones y fobias.”

En estos momentos dentro de esos temas que le interesa poner en la palestra para que el espectador lo digiera y reflexione son dos: El estado actual de la cultura de nuestro país –sus múltiples *performances* versan de ello- y, a nivel global, cómo nos estamos comunicando en la actualidad, siempre conectados a un dispositivo móvil –plasmado en sus cuadros y murales-. Y aunque ha “amabilizado” sus pinturas, siguen siendo bofetadas de conciencia.

La era digital donde vivimos genera paradojas tales como que tenemos más medios que nunca para informarnos y comunicarnos y, nos encontramos con una infoxicación –demasiada información, que ni siquiera podemos elegir y desdeñar-, y estamos cada vez más solos y sin tener las herramientas y habilidades sociales para relacionarnos entre personas. Estamos mirando a una pantalla constantemente y estamos obviando otras realidades incluso la vida que pasa por delante nuestro. El filósofo alemán Rüdiger Safranski dice que vivimos en tiempo de “desenfreno de la comunicación”, continúa comentando que “ahora mismo todos sabemos lo que está ocurriendo en cualquier

parte en tiempo real y eso nunca lo había conocido la humanidad”. También dice que son las redes las que están al mando y el aburrimiento permite experimentar un aspecto tremendo del paso del tiempo.

Vamos perdiendo la capacidad de tolerar el aburrimiento, una de las fuentes de la creatividad y el ingenio. Es muy fácil entrar en el ciclo adictivo de la tecnología. ¿Y si de *El pensador* de Rodin hemos pasado al hombre pegado a una pantalla –*homo tech*–, esperando su devenir? La paradoja convive con el ser humano, las redes sociales tienen dos caras. Su principal ventaja la de poderse expresar libremente, pero a su vez su mayor riesgo, ya que todos pueden emitir su opinión y leer la de los demás. Aquí surge el lado oscuro de las personas, a veces además en el anonimato. Existe el desahogo virtual y el consuelo inmediato, sin coste añadido. Escribir es una herramienta terapéutica, y en las redes se expresa: ira, miedo, tristeza o amargura. Cada “me gusta” y aumento de seguidores se convierte en un termómetro del reconocimiento y la autoestima. Están todos, narcisistas, dependientes, voyeurs, extrovertidos, incautos...

El mal uso y el gran tiempo que invertimos en las redes va en detrimento de nuestra calidad de vida y la verdadera relación con los demás. Nos hemos convertido en grandes adictos y obsesivos. La vida virtual no refleja para nada la realidad. Existe una hiperconectividad, que se ha instalado tan rápido que ni siquiera ha dado tiempo a consolidar unas reglas de convivencia. Engancha porque cubre vacíos, vacíos de estima o carencias sociales, o vacíos de tiempo. La cultura de estar siempre conectados mina la creatividad, la capacidad de estar solo o las propias relaciones personales. La conectividad no deja de ser un medio de explotación y de dominación. Internet no cierra nunca, está 24 horas al día. El artilugio siempre ofrece algo que hacer. La desconexión nos bajaría la ansiedad, el nivel de estrés, dormir mejor, ganar en calidad de vida, conectar con la paz interior y con los demás, mayor memoria y recuerdo.

Existe un exhibicionismo y un *voyeurismo* que es muy sintomático de esta sociedad y, a la vez, todos nos convertimos en artistas en nuestras propias vidas. El artista no se esconde en sus propuestas o en sus piezas artísticas, él se expone también, y con ello a la mirada escrutadora del espectador. Se expone física, emocional e intelectualmente. Él es la obra. Como siempre, no da respuestas ante sus temas, los exprime al máximo para que el público pueda sacar sus propias conclusiones bajo una mirada crítica. El artista sólo quiere que todos y todas saquemos ese artista que tenemos dentro, como ya abogaba Joseph Beuys. Nos anima a reflexionar, nos incita a expresarnos, a desarrollar nuestros talentos. Porque es momento de hacer, de ser libres.

¿Quién es Sergio Muro?

El arte de vivir y el de crear constituyen las dos caras intrínsecamente unidas de una moneda que gira en la eternidad y nunca se detiene. Todos creamos, de una manera u otra, aunque no seamos conscientes. Y en el acto de crear nos exponemos como individuos y, por qué no, como artistas de la vida, que expresan lo que sienten y tienen una opinión sobre las cosas. Nos exponemos a la sociedad, y a su juicio. A ser colmados de alabanzas o cosechar duras críticas que quizás no estamos preparados para recibir.

Lucía E. Colom.
Historiadora de Arte.

Llega un momento en que crear es tan aterrador como vivir. Y, alcanzado este grado de semejanza, ¿Dónde está la frontera entre el creador y la obra?, ¿Acaso no puede ser el artista la obra misma?

A esta pregunta Sergio Muro tiene una respuesta muy contundente, y en esta muestra la expresa abiertamente: “Yo soy la obra”.

Abalado por su impresionante trayectoria y su característica personalidad, vuelca de pleno su persona en una visión profunda y propia de la realidad, en la que se desnuda abiertamente como parte de su universo creativo, y como su mejor proyecto artístico: ese que cada artista construye a lo largo de todo su periplo vital en busca de respuestas a preguntas que quizás nunca termine de responder. Y es que, en lugar de responder preguntas, como la vertiente crítica de la pintura acostumbra a hacer, cada obra presente en esta muestra nos las formula devolviendo la pelota a nuestro tejado, como un eco que reverbera en el interior de una estancia vacía que cada visitante habrá de colmar con sus propias reflexiones.

Pintura, *performance*, videoarte, música e instalación cabalgan de la mano encajando a la perfección como las piezas de un puzle.

Permanece el nihilismo, el inconformismo y la provocación que recoge con orgullo el testigo del legado dadaísta, así como las cualidades tan características de la trayectoria del artista, en donde confluyen dos partes bien diferenciadas, aunque intrínsecamente unidas por el concepto del artista como parte de la creación. La primera es la idea de que con su obra se expone a sí mismo como creador, como persona, a la crítica y como una obra de arte en construcción permanente. Y la segunda constituye una reflexión global que ha basado el proceso creativo de esta muestra y que se articula en torno a la elaboración de un retrato consciente de la sociedad tecnológica (La Era digital).

Una sociedad que en pocos años se ha transformado de forma abrumadora, alumbrando el amanecer de un mundo que será muy diferente de todo cuanto conocimos. Y que en la muestra es retratada por Muro mediante la construcción de un arte transcategorial que se constituye como nexo entre espacios, entre tiempos, y entre disciplinas artísticas. En donde confluyen provocación, filosofía e inconformismo, como los tres pilares que construyen el lenguaje artístico del artista, en el que las fronteras entre las diferentes formas de expresión artística se desdibujan, llevándonos a concluir que tal vez una *performance* y un cuadro, al servicio de una reflexión y con un importante proceso creativo a sus espaldas, no sean manifestaciones tan diferentes.

La instalación pictórica de esta muestra nos introduce a una reflexión sobre el impacto de la tecnología en la sociedad. Y se articula a partir de lenguajes propios del primer graffiti, a cuya estética rememoran los grandes murales de la muestra completados por los lienzos que de ellos emergen, como si de las ventanas en un escritorio de ordenador se trataran. Y retrata, así, las contradicciones más profundas de la sociedad del s. XXI. O la estética del cómic, que conforma la base de su estilo pictórico, con un empleo consciente de la delineación que dota de fuerza e impacto a las figuras que, como estatuas, solo alteradas por la imponente presencia de un colorido arbitrario que homenajea el postimpresionismo que arrasa por sí mismo, permanecen inmersas en el eterno quietismo fotográfico que parece obsesionar a la sociedad en estos días, y que destaca en “*El Retrato de Familia*”, un cuadro que sintetiza la pregunta que arroja esta muestra y que nos encoge el corazón, poniendo acento sobre cuestiones tan de actualidad como la incomunicación, o la necesidad por generar una huella digital. Esa obsesión por permanecer que nos conecta con el infinito y, al mismo tiempo, nos aleja de las personas que nos rodean. El afán por retratar cada momento para memorizarlo, traumatizados por no aceptar que la vida se nos escape de las manos. Y la idea de que perdemos el tiempo mutilando los momentos con nuestra necesidad de confeccionar recuerdos, dejando que esos instantes mágicos se desdibujen tras el objetivo de una cámara, y temiendo desaparecer y que nadie llegue a saber lo completos que nos sentimos entre el vacío de la incertidumbre y la ausencia de principios que aceptamos sin cuestionar la realidad que nos rodea.

La pintura de Sergio Muro es políticamente incorrecta.

Captura los deshechos de un mundo roto que se cree más entero que nunca. Y consigue dotar de una nueva dimensión al retrato, que antaño fuera un mero legado para la memoria de nuestros antepasados y hoy se constituye como una expresión exacerbada del exhibicionismo, el voyerismo y la falta de valores de una sociedad que, con su arrogancia, aspira a vivir para siempre.

Personajes orientales aparecen ocasionalmente en sus lienzos, inmersos en la vorágine de la locura occidental que se expande a los cuatro vientos por nuestra sociedad globalizada. Retratando el encuentro entre las raíces de dos culturas; la de lo efímero, y la de lo perdurable. Un choque abrupto en que la globalización somete a la mente para crear a través de la tecnología una “dependencia de la memoria” que conduce a los individuos a retratarse constantemente en cada contexto de su vida cotidiana para generar una huella digital y ser recordados, asumiendo que necesitan volver perdurable lo efímero y que el hombre del s. XXI tiene un nuevo derecho: el de vivir para siempre sin haber vivido nada.

Es frecuente encontrar en los cuadros de Muro un *horror vacui* de personajes que ilustran a la perfección la vorágine de una sociedad globalizada, sin límites, en la que todo vale y cuyo sustento es la contradicción, última esencia de la humanidad. Ninguno de sus personajes se despega del teléfono, y aparecen pintados en diversas posiciones, lo que confiere a sus pinturas una cualidad única que las hace legibles en cualquiera de sus cuatro posiciones; una suerte de multiplicidad visual, o punto de vista múltiple, que sintetiza de forma mordaz una realidad subyacente de esta plástica. Esa realidad que nos dice que la realidad es una, pero existen infinitas verdades intentando explicarla. Esa que ratifica que la pintura de Sergio Muro no es una crítica imperativa, sino una filosofía reflexiva que se limita a poner en la palestra los aspectos más inquietantes de nuestra sociedad, obligando al espectador a detenerse y pensar.

La performance como una actitud vital.

Por otra parte, la conexión entre las diversas manifestaciones de la obra de Muro está en el video central *Yo soy la obra*, metáfora de su proceder artístico, para acabar con una recopilación de cuando él ha sido la propia pieza de arte, arte en vivo y arte vivo, donde el público nunca ha sido pasivo. El público se convierte en el indiscutible protagonista, en lo que él mismo ha denominado “Momentos cotidianos presentados de manera histriónica a través de un *happening* colectivo que conduce a la catarsis del público”. Con más de 100 *performances* y acciones a sus espaldas nos regala imágenes que han documentado esos momentos únicos e irrepetibles donde fue la voz de la conciencia del espectador utilizando el humor y una estética muy potente.

Su proceso creativo ha de despertar, necesariamente, movido por una historia que contar. Desarrollándose en un entorno adecuado que favorezca la reflexión creativa.

En esta ocasión ese privilegiado espacio creativo fue el viejo estudio del, ya fallecido, pintor aragonés, J. de Lecea, quien fuera en su momento uno de los pioneros de la abstracción zaragozana. Un soñador solitario, reflexivo, e inmerso en las vicisitudes de su creación que compartía con Sergio Muro la eterna búsqueda de nuevos lenguajes, así como un particular gusto por habitar las fronteras entre los opuestos de la pintura. Y es que la idea del pionerismo todavía parece flotar en ese viejo estudio en donde el tiempo parece haberse detenido, exactamente igual que las impactantes figuras de los retratos sociales que habitan los cuadros de esta muestra, dos de los cuales, incluso, fueron realizados con los lienzos que un anciano J. de Lecea adquirió y que nunca llegaría a pintar. Dos lienzos que parecían aguardar a alguien que, de alguna manera, perpetuara su espíritu y su legado. Devolviendo a la vida el recuerdo de un pintor al que el tiempo engulló, y quien construyó con su peculiar estética una ventana ante el tiempo que gracias a Sergio Muro ha vuelto a ser abierta.

Todo ello convierte a la obra de Sergio Muro en el perfecto ejemplo de una vertiente reflexiva del arte, intrínsecamente unido a la realidad de su tiempo, y que se desvela como la auténtica filosofía del s. XXI.

Por ello, a lo largo de la muestra y si prestamos un poco de atención, podremos retrotraernos a una pregunta básica que todo amante del arte en este tiempo se ha formulado alguna vez.

¿Qué convierte en arte la expresión artística? El arte es una forma de expresión y reflexión. Es una palabra que tiembla en la punta de nuestra lengua, deseosa de arrojar al vacío de la existencia en donde será juzgada, y nosotros por ella. Es la alocada necesidad de hablar sobre algo sin utilizar palabras. De posicionarnos. De ser nosotros mismos... la obra.



"Exhibicionismo y voyeurismo"
 Acrílico sobre lienzo. 64,5 x 53,5 cm. 2017



"Selfing en el Museo de Arte Contemporáneo".
 Acrílico sobre tabla. 62 x 44 cm. 2017



"Paisaje bucólico".
 Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"Limbo: Disfrutando cada momento"
 Acrílico sobre lienzo. 80 x 60 cm. 2017



"360° selfing"
 Acrílico sobre lienzo. 100 x 81 cm. 2017



"Conectados".
Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"Decid patata. Foto familiar".
Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"En la Feria Arco".
Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"Walking on the Street".
Acrílico sobre lienzo. 100 x 81 cm. 2017



"Tunnel vision".
Acrílico sobre lienzo. 100 x 72 cm. 2017



"Cuélgala en las redes"
 Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"Incomunicación"
 Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"Vaya espectáculo"
 Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"Selfing sin fin"
 Acrílico sobre lienzo. 195 x 130 cm. 2017



"Sueña. Vuela".
Fotografía de PhotoAgency.



"Refugees Welcome"
Fotografía de Julio Marín.



"Vacio-espacio-lleño"
Fotografía de Jaime Galindo.



"Cold meat"
Fotografía de *Julio Marin*.



"CRISIS".
Fotografía de *Miguel Sanz*.



"Fronteras".
Fotografía de Myrian Thorn

SERGIO MURO SAN JOSÉ (Zaragoza, 1974)

Creador, gestor cultural y docente. Sergio era un niño hiperactivo con una energía desbordante que canalizaba corriendo, jugando al fútbol y dibujando. Esta información no es baladí porque esto le sigue permitiendo realizar muchas cosas a la vez, y todas con mucha pasión, ilusión y energía.

Ese chaval tímido se dio cuenta que cuando estaba en un escenario –ya fuese una pista deportiva, una sala de exposiciones o un teatro– era él mismo, libre y en plenitud. Heredó de su padre un maletín con pinturas al óleo, y de manera autodidacta empezó a experimentar. En 1998, en una de sus primeras exposiciones, en la Facultad de Filosofía donde estudiaba, el crítico Ángel Azpeitia escribía: "Tiene gancho, frescura en el decir y no le falta meollo... Solo la constancia de una inteligente actitud cuyo talante de fondo supera al de forma."

Ha sido un indomable pero su resiliencia le ha permitido ir creciendo como artista, como persona. Después de viajar y vivir en muchos lugares, colmando así sus inquietudes y curiosidades, se encontró a sí mismo y ya pudo volver a su ciudad natal. Siempre dibujando, pintando, creando, generando ideas y proyectos, corriendo y la mayor parte del tiempo sonriendo. Justo ahora, después de 20 años, los sueños después de pensarlos, trabajarlos y soñarlos mucho, se cumplieron.



**PABLO
SERRANO**

Instituto Aragonés
de Arte y Cultura
Contemporáneos